TESTIMONIO Y PEDIDO PÚBLICO

Una madre que pide protección efectiva para su hija

Escribo como madre, con el dolor por lo que vivió mi hija y la angustia de no tener la certeza de que esté suficientemente protegida. Quiero que la sociedad y las instituciones comprendan la gravedad de lo ocurrido y la necesidad de actuar antes de que sea demasiado tarde.

Lo que sufrió mi hija no fue un hecho aislado. Durante la relación se sintió invadida, controlada y culpabilizada. Él la celaba excesivamente. Si alguien la miraba, también era culpa de ella. Cuando expresaba su malestar, él le decía que exageraba. La violencia fue avanzando. Ella fue naturalizando situaciones que se instalaron progresivamente, sin alcanzar a reconocer al principio toda su gravedad. Antes del último ataque, ya había sufrido agresiones. Por esas situaciones, ella decidió terminar la relación.

Mi hija también decidió bloquearlo del teléfono. Lejos de que esa decisión pusiera fin al peligro, después ocurrió el episodio más grave. El jueves a la noche, después de haberle enviado mensajes de texto intimidatorios a su línea, porque en WhatsApp estaba bloqueado, él ingresó por la fuerza a su domicilio, que se encontraba completamente cerrado. Se escondió y permaneció allí durante más de 4 hs. A la madrugada, mientras ella dormía, intentó matarla asfixiándola. Mi hija logró salir de esa situación diciéndole que todo iba a estar bien. Se lo dijo para calmarlo y salvar su vida. No eran palabras de reconciliación, sino una forma de sobrevivir. Pero no podemos confiar en que, ante otro ataque, pueda volver a recurrir a esas palabras para ponerse a salvo. Su protección no puede depender de que logre apaciguarlo una vez más.

Pido que se lea de nuevo esa secuencia y se comprenda lo que significa. Mi hija estaba durmiendo en su propia casa. El lugar donde debía sentirse segura se convirtió en el escenario de un ataque contra su vida. ¿Cómo puede volver a dormir tranquila? ¿Cómo puede salir a trabajar o caminar por su pueblo sabiendo que el hombre al que atribuye ese ataque vive a unas pocas cuadras?

No podemos aceptar que estos hechos se reduzcan a una pelea de pareja. Tampoco que se responsabilice a mi hija por haber confiado, por haber dudado o por haber naturalizado conductas que fueron empeorando. La responsabilidad por la violencia corresponde a quien la ejerce.

A las autoridades les pedimos que evalúen todos los antecedentes y el último ataque en conjunto. Que contemplen las agresiones previas, las amenazas de muerte, el ingreso por la fuerza a su casa y la cercanía de los domicilios. Necesitamos medidas concretas, completas, coordinadas y controladas. Necesitamos saber quién será responsable de hacerlas cumplir, cómo se detectará un incumplimiento y quién responderá de inmediato si él vuelve a acercarse o a amenazarla. La protección debe funcionar en la realidad de este pueblo, con sus distancias y sus recursos.

No me corresponde decidir su situación procesal. Pero, si queda en libertad, la pregunta es inevitable: ¿qué medidas efectivas van a impedir que vuelva a acercarse y concrete la amenaza de muerte que mi hija recibió? Lo que exigimos es que se adopten todas las medidas necesarias y legalmente disponibles para reducir ese riesgo, con responsables identificados, respuesta inmediata y seguimiento. Que la seguridad de mi hija no dependa solamente de que ella logre pedir ayuda otra vez.

Como madre, me resulta insoportable pensar que sea ella quien deba vivir encerrada, abandonar su casa o renunciar a su vida cotidiana para intentar mantenerse a salvo. Necesita protección para recuperar su libertad, su tranquilidad y su vida. A la sociedad le pido que acompañe sin juzgarla, sin minimizar lo ocurrido. A las instituciones les pido que trabajen juntas y que cada intervención tenga continuidad.

No quiero que mañana nos preguntemos qué más se podría haber hecho. Quiero que hoy se haga todo lo necesario para protegerla. Mi hija está viva. Tiene derecho a seguir estándolo y a vivir sin miedo.

Como madre, no es fácil exponer un dolor tan íntimo. Me cuesta, me duele y también me da miedo. Pero hoy encuentro fuerzas para levantar la voz por mi hija y por quienes aún no pueden hacerlo.

Pienso en Micaela y en tantas mujeres cuyas vidas nos fueron arrebatadas, y en las familias que quedaron para siempre con ese dolor. Pienso en la ley que lleva su nombre y en todas las normas que existen para proteger a las mujeres. Y pido, desde lo más profundo de mi corazón, que todo eso sirva para cuidar a mi hija y a tantas otras que hoy tienen miedo. Que las señales de peligro se tengan en cuenta en cada decisión. Que la protección continúe durante todo el tiempo que sea necesaria. Que ninguna otra madre tenga que llorar a su hija.

Una madre que pide protección efectiva para su hija.